

Leah Hayden

MISS
GUGGENHEIM

Peggy Guggenheim, la galerista
que cambió el mundo del arte

Traducción:

MARÍA DOLORES ÁBALOS



MAEVA

Venecia, 1958

EL CASCO NEGRO y pulido de la góndola se deslizaba sin esfuerzo por la superficie de color turquesa. Sin hacer el menor ruido, el gondolero hundía el remo en el agua con unos movimientos gráciles y eficientes. Lentamente iban dejando atrás los palacios del Gran Canal. Ya se veía el puente de Rialto. Su piedra, normalmente tan blanca, lanzaba destellos amarillos a la luz del sol vespertino y contrastaba con el cálido ocre y carmín de los palacios colindantes.

Peggy iba reclinada sobre un cojín en la parte trasera de la embarcación. Con la mano derecha acariciaba un cachorro de *lhasa apso* acurrucado en su regazo; deslizaba con suavidad los dedos del brazo izquierdo, que llevaba estirado, por la superficie del agua. Lucía un vestido veraniego largo y blanco, adornado con unas perlas en forma de gotas y unos delicados bordados, que le resaltaba el bronceado. Escondía sus vivarachos ojos tras unas extravagantes gafas de sol cuya montura blanca se asemejaba a las alas de un insecto. Los venecianos llevaban años acostumbrados a ver a aquella mujer tan peculiar en su góndola privada, y Peggy sabía el nombre que le habían puesto: *l'ultima dogaressa*, la última *dux*. A ella le divertía el apodo. Obsequió al hombre que iba sentado enfrente con una sonrisa cariñosa.

—Cómo me alegro de que por fin hayas venido a visitarme, Frederick.

Frederick Kiesler asintió con la cabeza. Era un hombre delgado y menudo, con unos ojos penetrantes y el pelo ralo y gris. Ese día también iba muy acicalado, con traje y pajarita. Peggy no lo había visto nunca vestido de otra manera, pues, a diferencia de ella, que no siempre se tomaba la moda muy en serio, Kiesler le concedía

gran importancia a su aspecto exterior. De hecho, el cansancio por el viaje de Nueva York a Venecia solo se reflejaba en su rostro.

—Tenía que ver qué había sido de tus cuadros después de que cerraras tan mezquinamente mi galería de Nueva York —dijo él; en su sonrisa había un atisbo de reproche.

—¿Tu galería? —Peggy se echó a reír—. Querrás decir más bien mi galería.

—Está bien. Pero yo fui el arquitecto que la construyó y a día de hoy tú sigues siendo famosa por su diseño.

Peggy hizo un gesto de asentimiento.

—Tienes razón. En realidad, *Art of this Century* era nuestra galería.

Kiesler guardó un momento de silencio. Paseó la mirada por el agua verde del canal y se detuvo a contemplar los palacios de ventanas góticas y el rico colorido de los postes de amarre. Luego dijo:

—Menudo sitio tan bonito te has buscado. Desde luego, Venecia es más pintoresca que Nueva York. Y tú siempre dijiste que querías regresar a Europa cuando terminara la absurda guerra. Sin embargo... —Suspiró—. Sin embargo, lamento que cerraras la galería de Nueva York. Sin ti el mundo del arte ya no es el mismo. —Hizo un gesto para quitar importancia a sus palabras—. Pero ¿qué estoy diciendo? Solo a mí se me ocurre hacerte reproches. Lo importante es que te vaya bien aquí.

—Y me va bien —corroboró Peggy—. Después de los años tan agotadores que pasé en Nueva York, la tranquilidad y la belleza de esta ciudad me sientan de maravilla. Y no sabes la cantidad de gente que viene a diario a visitar mi palacio para ver la colección. A veces me siento desbordada; entonces me limito a cerrar la puerta y no dejo entrar a nadie. —Se rio con malicia.

Entretanto, la góndola había llegado a la amplia curva del Gran Canal y se disponía a pasar por debajo del elegante Ponte dell'Accademia. Ante ellos se alzaba la majestuosa iglesia de Santa Maria della Salute, cuya soberbia cúpula marcaba el punto en que el Gran Canal se abría a la laguna.

—Enseguida llegamos —dijo Peggy—. ¿Puedo presentaros? El *palazzo* Venier dei Leoni. ¡Mi palacio! —Kiesler se volvió para mirar

mientras la pequeña barca ponía rumbo a un edificio blanco de muy escasa altura en comparación con los demás—. Se construyó en el siglo XVIII —explicó Peggy—. Pero se les acabó el dinero y solo levantaron una planta. Aunque precisamente por eso me gusta tanto. En la azotea se pueden tomar deliciosos baños de sol.

Kiesler soltó una carcajada.

—Como arquitecto estoy pensando más bien en mis colegas, cuyos clientes de repente dejaron de pagarles. —Guiñó un ojo a Peggy.

Entonces el gondolero amarró la embarcación y los ayudó a subir a la pasarela. La entrada del palacio estaba flanqueada por dos leones que daban nombre al edificio. Dentro hacía una temperatura muy agradable. Peggy dirigió a Kiesler por varias habitaciones hasta que por último abrió la puerta de un gran dormitorio. Este dejó la maleta y echó una ojeada a su alrededor. Detuvo la mirada ante un cuadro un tanto enigmático que colgaba encima de la cama.

—Max Ernst, *El atuendo de la novia*. —Kiesler sonrió y se acercó a la pintura que tan bien conocía. Representaba a una mujer de cuyos estrechos hombros colgaba un manto rojo por el que asomaba la cabeza de una lechuza. Una especie de hombre-pájaro, más pequeño y con un largo plumaje verde, señalaba con la punta de una lanza el sexo de la mujer. Se volvió hacia Peggy, que aún seguía en el marco de la puerta—. Gracias por alojarme en esta habitación. Este ha sido desde siempre uno de mis cuadros favoritos de Max.

Ella asintió ensimismada.

—Sí, es precioso. Uno de los primeros que le compré. En 1941, en Marsella, el día en que todo empezó entre nosotros. Y eso que enseguida intuí que la novia era su amada Leonora. —Le guiñó el ojo y volvió a mirar el cuadro—. A veces, ni yo misma me lo creo. Fue una época tan emocionante.

1941

1

LA CUESTA SE empinaba cada vez más y a Peggy le costaba respirar. Cuando llegó a un recodo del camino, se detuvo. A su derecha, el pedregoso paisaje de pequeños pinos piñoneros descendía hacia el mar. No podía apartar la vista del gris claro de las rocas, el jugoso verde de las flores y, al fondo, el mar de color azul oscuro. Inspiró profundamente el aire impregnado por el aroma del tomillo silvestre, el romero y la lavanda. ¡Cómo amaba esa costa! La mirada de Peggy siguió paseando por el rocoso acantilado hasta posarse en la resplandeciente ciudad blanca. A aquella hora, Marsella dormitaba somnolienta bajo el ardiente sol del mediodía; solo un buque de guerra gris atracado en el puerto recordaba que esa impresión tan apacible era engañosa. Dejó de contemplar el paisaje, miró la hora y se asustó. ¡Llegaba tarde! El polvo arenoso se arremolinaba a su paso apresurado por el camino. Ya no podía faltar mucho. Allí, a las puertas de Marsella, se encontraba la villa Bel Air, donde tenía una cita a la que llegaba con cinco minutos de retraso. Pero, en su opinión, la puntualidad estaba sobrevalorada. Sonrió al acordarse de que en su familia casi nadie era del mismo parecer.

Al fin llegó a la villa, un sólido edificio de tres pisos con grandes ventanales rodeado de un jardín y unos plátanos de sombra de gran altura. La puerta del jardín se abrió con un chirrido y Peggy entró. El jardín estaba muy asilvestrado. Bajo sus zapatos crujía la grava entreverada de maleza. La fachada marrón rojizo de la casa y las contraventanas verdes tenían el revoque desconchado. Se alisó con una mano la falda, que le llegaba hasta la rodilla, mientras con la otra tocaba el timbre. No tuvo que esperar mucho tiempo.

—¡Peggy! —Un hombre delgado con el pelo castaño oscuro y gafas redondas abrió la puerta—. Pase. La estábamos esperando.

—He calculado mal el tiempo que podría tardar en llegar hasta aquí. —Sonrió a modo de disculpa y Varian Fry le devolvió la sonrisa.

—Aquí el tiempo es lo único que nos sobra. —Ella sabía a qué se refería—. Max la está esperando. Creo que está en el jardín. Un momento.

Fry la dejó sola en el oscuro vestíbulo. Peggy se acercó al espejo que había encima de una chimenea de piedra y se miró. Para ser una mujer de algo más de cuarenta años, se la veía muy juvenil. La melena negra le llegaba casi hasta los hombros. Tenía la cara y los brazos bronceados por el sol, haciendo juego con los ojos de color castaño oscuro. Incluso la nariz, quizá demasiado grande, llamaba menos la atención en la penumbra del vestíbulo. Peggy se apartó un mechón de la frente. ¡Menos mal que no la veía así Benita, su hermana mayor! Un vestido normal y corriente, una sencilla gargantilla, el polvo amarillo en los desgastados zapatos de escaso tacón... Así no se vestía ninguna Guggenheim. Pero su hermana preferida había muerto al dar a luz a su hijo, y ella no le concedía ningún valor a la ropa cara ni a las joyas. Necesitaba el dinero para otras cosas. Para el arte.

—Venga por aquí, Peggy. Lo he encontrado. —Fry había regresado y la acompañó a cruzar un comedor grande que daba al jardín.

Max Ernst se hallaba debajo de un plátano muy alto, junto a su caballete. Les daba la espalda.

—Trabaja sin interrupción. Supongo que lo hace para olvidarse de cómo le ruge el estómago. Nuestras raciones son poco abundantes. —Fry se echó a reír, pero ella sabía que no hablaba en broma.

Después de darle una palmadita en el brazo, bajó los escalones de piedra que conducían al jardín. Avanzó con cautela, para no molestar.

—Sé que está ahí. —Max dio un último retoque al cuadro, metió el pincel en un bote con aguarrás y se volvió.

Peggy le tendió la mano.

—Señor Ernst, no quisiera interrumpirlo.

—No lo hace. Habíamos quedado y... —Miró la hora—. Me ha permitido trabajar más tiempo del esperado. —Peggy se puso a su lado—. ¿Qué ve usted? —La observó con los ojos entornados.

La mujer ladeó la cabeza y contempló detenidamente el cuadro, que estaba pintado con una técnica desconocida para ella.

—Un paisaje yermo —dijo al fin—. Parece cenagoso, pero, al mismo tiempo, petrificado. Y varios seres vivos de aspecto entumecido.

—Yo lo llamo *Europa después de la lluvia*.

—¿Después de la lluvia? Querrá decir de la guerra, supongo. —Peggy se acercó más—. Como esto siga así, de Europa solo quedará un paisaje desértico y desolador.

—Y precisamente por eso está usted aquí. —Max sonrió—. Venga para acá; ya he preparado agua y unos vasos. Me gustaría poder ofrecerle algo más exótico, pero estamos a la cuarta pregunta.

La llevó a una mesa de madera colocada entre dos plátanos y se sentaron. Max sirvió el agua y se quedó mirándola. Se sintió contrariada al notar que se ruborizaba ante la franca mirada de aquel hombre. Enseguida rompió el silencio.

—Bueno, pues al fin nos vemos otra vez. ¿Cuándo lo visité en su estudio de París?

—Hace dos años.

Ella sonrió con malicia.

—Fui a verlo para contemplar sus cuadros y, sin embargo, compré uno de su pareja, de Leonora Carrington.

—Ya no estamos juntos —dijo con una voz áspera, pero al instante recuperó el aplomo y distendió el rostro al añadir—: Ingresé tres veces en prisión. A la tercera conseguí darme a la fuga. Pero cuando por fin volví a Saint-Martin-d'Ardèche, Leonora había vendido nuestra casa y se había marchado. No tengo ni idea de dónde se encuentra ahora. Se llevó consigo varios cuadros míos; los otros seguían repartidos por las distintas habitaciones. —Peggy lo miró consternada, pero antes de que pudiera contestar algo, él cambió de tema con un gesto enérgico—. Pero bueno, eso es agua pasada. No tiene ningún sentido darle más vueltas. No al

menos en esta tarde tan bonita. Volvamos, pues, a lo nuestro. —Le sonrió—. Aquí estamos sentados en este precioso jardín, corre una suave brisa del mar y usted ha venido para ver mis cuadros... y esta vez a lo mejor hasta me compra alguno. —Le guiñó un ojo y ella le devolvió la sonrisa.

—Si es que está dispuesto a desprenderse de ellos.

—Puede llevarse todos los que quiera. Por lo que he oído, con usted estarán en la mejor compañía posible. —Peggy alzó las cejas y él continuó—: Corre la voz de que, en este último año, ha reunido una colección muy notable. El nombre de Peggy Guggenheim es conocido en todos los estudios de pintura.

—Lo sé. Si hace unos años alguien me hubiera dicho que algún día me iba a gastar hasta el último centavo en arte, me habría echado a reír. Pero una vez que empecé, ya no pude parar. —Se rio de sí misma—. Es como una adicción. Cuando veo un lienzo o una escultura que me gustan, me los tengo que llevar. Aun cuando en tiempos como estos suponga una dificultad añadida. Y es que ahora estoy intentando organizar un viaje a Nueva York con mi exmarido y nuestros hijos. Aquí, en Europa, la situación ya no es segura, sobre todo para una judía. Hasta ahora me ha protegido mi pasaporte americano, pero tengo la sensación de que eso puede cambiar de un momento a otro.

También Max parecía preocupado.

—Yo tengo un hijo de mi primer matrimonio, Hans-Ulrich. Su madre es judía. Por suerte, él lleva ya unos años en Nueva York. Desde entonces se llama Jimmy. —Rio inseguro, como si todavía le costara acostumbrarse a ese nombre.

Peggy interrumpió su risa.

—Seguro que así se las arregla mejor al otro lado del charco. —Lo miró fijamente—. ¿Y qué hay de usted? Varian Fry me ha contado que también quiere ir a Nueva York.

Max se encogió de hombros.

—Sí, como todo el mundo. Fry y el Comité de Salvación están haciendo todo lo posible para conseguirme los papeles necesarios. Mientras tanto, sigo aquí, encerrado en Bel Air como en una sala de espera. Pero al menos tengo cierta seguridad. Ojalá la estancia aquí no fuera tan larga y penosa.

Peggy asintió con la cabeza. La idea de volver a ver a Max Ernst en Nueva York le resultaba sorprendentemente agradable. Lo miró con disimulo. En su rostro de rasgos bien marcados destacaban unos ojos azules que parecían percibir hasta el más mínimo detalle de cuanto lo rodeaba. Cuando sus miradas se cruzaron, Peggy tuvo la sensación de que él era capaz de leer sus pensamientos más ocultos. Aunque solo le llevaba un par de años, tenía el pelo cano, con el que ahora jugaba el viento procedente del mar. Era de constitución delgada pero musculosa. De repente, se levantó.

—Dejemos de hablar de nuestra desdichada situación, que solo sirve para ponernos cada vez más melancólicos. Va siendo hora de que abordemos asuntos más importantes. —Le tendió la mano y sonrió—. Venga conmigo, he preparado unos cuantos cuadros. Usted ama el arte y yo pinto. Sería ridículo que dejáramos escapar esta oportunidad. —Le sostuvo la mirada, a juicio de Peggy, un poco más de tiempo del necesario. Esta se echó a reír. Max no podía adivinar que ella, por primera vez desde hacía años, se sentía nerviosa en presencia de un hombre.

La llevó al otro extremo del jardín. Después de rodear un seto, ella se detuvo. En un árbol de escasa altura, Max había colocado varios cuadros, algunos de los cuales colgaban de las ramas. Era un espectáculo inusual y la mezcla de colores y estilos, enmarcados por el verdor del follaje y la hierba, tenía algo de sensual. Peggy se quedó sin habla. Para ella el arte nunca había sido un negocio. Había adquirido su primera escultura solo porque el roce del metal pulido le había tocado alguna fibra. La mayor parte de los mecenas de arte compraban porque se lo podían permitir. Querían que se hablara de ellos o bien adquirían obras artísticas para luego venderlas a un precio más alto. Peggy, en cambio, coleccionaba porque las obras desencadenaban algún sentimiento en su interior. Sumergirse en un cuadro era como descubrir un mundo nuevo, como si su cuerpo reaccionara ante el lenguaje de las imágenes. Ahora observaba con atención un lienzo cuyo centro lo ocupaba una mujer con cabeza de pájaro. Aquello era surrealista, onírico, un jeroglífico sin solución. Si aquellos eran los mundos que poblaban la mente de ese hombre, entonces... Dejó su pensamiento sin concluir y se volvió hacia Max.

—¿Cómo se titula este cuadro?

—Yo lo llamo *El atuendo de la novia*.

—Quiero comprarlo. Pero no solo este.

Ernst la miró sorprendido.

—No me ha preguntado por el significado del cuadro. Por lo general es la primera pregunta que me hacen los compradores.

—La mía no. —Peggy pasó con cuidado los dedos por la cabeza de lechuza, roja y lanuda, de la mujer-pájaro y se volvió hacia él—. Si me dice qué sintió al pintarlo, con eso me conformo. Entonces ya no tendré que sondear mis propios sentimientos.

Max Ernst la miró con curiosidad.

—Es usted... muy particular. Confieso que me la imaginaba distinta.

—¿Una rica heredera de los Guggenheim que colecciona arte porque ya tiene bastantes zapatos? —Esbozó una sonrisa irónica.

Max asintió con timidez.

—Algo parecido.

Durante un momento se miraron a los ojos. Luego, ella apartó la vista.

—Debería irme ya. —Peggy dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

De repente, le entraron las prisas. ¿Acaso era miedo? ¿Miedo ante la ansiedad que ya se cernía sobre ella? Max Ernst la alcanzó. Atravesaron la villa sin decir una palabra. Solo al llegar a la puerta del jardín, él la retuvo agarrándola del brazo.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Sus ojos azules habían adoptado una expresión seria. De repente, a Peggy le desapareció el nerviosismo.

—Mañana a las cuatro de la tarde en el Café de la Paix —dijo en voz baja.

Rápidamente se volvió, bajó por el polvoriento camino y se internó en el aire impregnado de lavanda y en la tardía luz vespertina.

2

PEGGY SE SENTÓ a una mesita redonda en la terraza del Café de la Paix. Aunque todavía era pronto, no paraba de mirar el reloj. Hacía ya un par de años que no esperaba una cita con tanta impaciencia. Desde aquella vez en París, cuando se enamoró del escritor Samuel Beckett. Pero, muy a su pesar, aquello nunca pasó de ser una aventura amorosa. Tal vez fuera esa una de las razones por las que, en los últimos años, se había dedicado al arte con todas sus fuerzas. El aleteo de las mariposas en la tripa, y para colmo por culpa de un hombre al que apenas conocía, la desconcertaba.

Procuró desviar sus pensamientos y concentrarse en la animación que reinaba en el Puerto Viejo de Marsella. Durante aquellos meses que llevaban en guerra, la ciudad estaba a rebosar de gente. Cientos de refugiados procedentes de toda Europa bajaban a diario de los trenes en la estación de Marseille Saint-Charles con la esperanza de poder abandonar el continente desde allí, el extremo más meridional de Francia, en alguno de los grandes barcos que zarpaban de la ciudad. A ello se añadía que la cercanía con el norte de África convertía Marsella en un punto militar estratégico.

Cerca de Peggy se hallaba sentado un grupo de legionarios que ella reconoció por el quepis redondo. Pero también se veían por todas partes soldados de otros regimientos africanos del ejército francés: marroquíes con el fez rojo, senegaleses negros y zuaivos argelinos vestidos con bombachos rojos.

«Todos forman parte de este torbellino —pensó Peggy, que no dejaba de sorprenderse—. Un torbellino que nos ha atrapado a todos. También a mí y...» Algo le hizo sombra y alzó la vista. Ante ella estaba Max Ernst. Sobre los hombros llevaba una larga capa

negra que destacaba entre la rica variedad de uniformes exóticos. Ella se levantó y él la besó en las dos mejillas. A través de su blusa ligera sintió las puntas de los dedos de Max entre los omóplatos.

—¿En qué estaba pensando en este momento? —preguntó él con cara de pícaro.

La mujer hizo un gesto para restarle importancia al asunto.

—Bah, solo en que estamos todos atrapados en una especie de torbellino. Y me temo que, cuando esto acabe, ya nada será como antes. Para nadie.

El pintor asintió. Todavía seguía de pie.

—¿Puedo convencerla para que demos un paseo? —Se volvió y señaló la costa cercana y rocosa—. Conozco un bonito camino que recorre el litoral, donde uno puede evadirse del tumulto y del caos. —Abrió un poco la bolsa que llevaba y por ella asomó el cuello de una botella de vino tinto—. Me he ocupado de traer provisiones a modo de agasajo y, por lo que veo, usted figura entre las mujeres que prefieren el calzado cómodo.

Ella se ruborizó. Con todo lo que había que organizar, y todos los planes y las ideas que la asaltaban, los zapatos y la ropa eran a menudo, en efecto, lo último en lo que pensaba.

—Me parece una idea maravillosa.

Se levantó. Ernst fue abriéndose paso hacia una parada del tranvía. Cuando este llegó, un grupo de gente los empujó contra las puertas.

—¿Querrán ir todos al camino de la costa? —le gritó Peggy por encima de la cabeza de un hombre sudoroso.

—Espero que no. —Max se encogió de hombros simulando desesperación.

Mientras el tranvía recorría todavía el centro de la ciudad, los dos iban apretujados como sardinas en lata dentro del sofocante vagón. El tranvía empezó a vaciarse al llegar a los barrios de la periferia. Cada vez se subían menos pasajeros. Encontraron un sitio junto a la ventana y fueron mirando las calles. Allí, lejos del centro, ya no había suntuosos edificios clasicistas ni amplios bulevares; tampoco flanqueaban las calles plátanos de elevada altura. Los cafés y las tiendas eran pequeños y modestos; las calles estaban más sucias. Luego llegaron a las afueras de la ciudad, y a partir de

ahí todo el camino era cuesta arriba. Las casas, cada vez más bajas, iban escaseando. Prados de árboles frutales se alternaban con viñedos. Al fin, el tranvía terminó su recorrido. Aparte de ellos, solo quedaban otras dos personas en los vagones. El conductor se apeó, se estiró y bostezó.

Peggy siguió a Ernst, que ya había echado a andar. Un agradable viento les refrescó la cara bañada en sudor. Él se quitó la capa y se la echó con desenfado sobre los hombros. Después de recorrer un pequeño tramo de la carretera, se metieron por la parte trasera de una granja y tomaron un sendero trillado. A los pocos cientos de metros empezaba un camino por la costa con unas vistas impresionantes del paisaje verde y rocoso que rodeaba la blanca ciudad.

Durante un rato anduvieron sin hablar el uno junto al otro. En el repentino silencio, tras el barullo y el griterío del Puerto Viejo y los apretujones del tranvía abarrotado, Peggy podía oír hasta el crujido de las piedrecillas bajo sus pies. Los grillos cantaban en las matas de tomillo silvestre. Le habría gustado preguntarle a Ernst por la vida de su hijo en América, por su primera mujer, que era judía, y, sobre todo, por Leonora Carrington. Pero guardó silencio. Le pareció que las preguntas no tenían cabida allí arriba, en aquel paisaje intacto desde el que se divisaba el mar azul oscuro. Y sabía que eso era exactamente lo que él buscaba cuando le propuso dar el paseo. Necesitaban distanciarse de las preocupaciones que tanto los atormentaban, de la sensación de continuo estado de excepción, de la guerra.

Cuanto más caminaban, más se iba tranquilizando. El paisaje y el colorido surtían efecto, acallaban las voces que había en su cabeza. Ernst se detuvo en un rincón con unas vistas especialmente bonitas y se volvió hacia ella.

—Gracias por el silencio —se limitó a decir.

Peggy se rio por lo bajo.

—No puedo asegurar que sea una persona particularmente silenciosa. Pero aquí, en plena naturaleza... —No siguió hablando.

—Se me ha olvidado traer la manta. —Él sonrió como disculpándose mientras dejaba la bolsa.

—No importa, siempre que haya traído el sacacorchos. —Le guiñó un ojo e hizo amago de sentarse.

Él se rio, la agarró del brazo y la levantó de nuevo.

—No tan aprisa.

Desplegó la capa negra y la colocó en el suelo. En el fondo, ella agradecía el gesto. Se sentaron. Luego abrió la botella de vino, sacó dos vasitos de la bolsa y los llenó.

—Dejemos atrás la tontería de llamarnos Ernst y señorita Guggenheim. —Alzó el vaso—. Soy Max. —Peggy entrechocó el suyo con suavidad.

—Chinchín, Max. —Dieron un trago y luego Peggy dejó el vaso a su lado—. Hay una cosa que te quiero decir. Y espero que no te tomes a mal mi iniciativa. —Max la miró sin comprender—. Anoche estuve haciendo indagaciones. Y existe la posibilidad de que te unas a nuestro pequeño grupo para ir a Nueva York cuando recibas los papeles. Tenemos la intención de volar con el avión Clipper de la Pan Am. La fecha todavía no es fija, ni siquiera nosotros tenemos todos los documentos. Los Clipper parten de Lisboa. ¿Qué te parece?

Durante un momento, Max la miró en silencio. Su mirada era difícil de interpretar. El viento azotaba los mechones blancos de su cabello en todas direcciones. Luego la tomó de la mano y se quedó observando los delgados dedos.

—Nunca he creído en las casualidades —dijo al fin—. Y nuestro encuentro, precisamente aquí y ahora, es solo una prueba más de que no existen. —Sin prisa, se llevó la mano a la boca. Le rozó con los labios el nudillo del dedo meñique; luego, el del dedo anular, sin apartar la vista de ella. Instintivamente, Peggy se inclinó hacia delante. Max acercó la cara. Le acarició con los labios su mejilla derecha; después la izquierda. Luego le rozó la boca con suma delicadeza. A ella se le despertó un deseo salvaje de besarlo apasionadamente. Pero los labios de él de nuevo se separaron de los suyos—. Va todo tan aprisa... —dijo mirándola a los ojos.

Peggy le devolvió la mirada. Tenía razón. En los últimos meses, los acontecimientos habían ido precipitándose en su vida. La huida de París, el intento de abandonar Europa... Y ahora ese hombre al que apenas conocía. ¿Cómo acabaría todo aquello? ¿En qué podría desembocar? Pero esas eran preguntas que se habría hecho Benita. Su hermana siempre tenía los sentimientos

perfectamente controlados; en su vida no habían existido nunca las decisiones impulsivas y viscerales. Ella era distinta. Jamás le habían importado las convenciones ni tampoco se planteaba nunca qué le depararía el futuro. Solo sabía una cosa: deseaba a ese hombre, ese beso. Enterró las manos en su pelo. Lenta pero resuelta, atrajo la cara de Max hacia la suya hasta que sus labios se encontraron.